



**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS**

NATALY MARCELA TRIANA PAJOY

**EL LÍMITE: LA UNIÓN QUE ESCINDE TODO ACTO O MOVIMIENTO. UNA
APROXIMACIÓN DESDE LA SOCIOLOGÍA FILOSÓFICA**

MAESTRÍA EN ESTUDIOS SOCIALES

OCTUBRE DE 2020

EL LÍMITE: LA UNIÓN QUE ESCINDE TODO ACTO O MOVIMIENTO. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA SOCIOLOGÍA FILOSÓFICA.

RESUMEN

Este artículo aborda la noción de límite a partir de reflexiones sociológico-filosóficas elaboradas con base en el trabajo de campo realizado en el transporte público masivo. Su propósito es contribuir en la conceptualización del límite como categoría de análisis presente en diversos debates de las ciencias sociales. La teoría del interaccionismo simbólico y los planteamientos del filósofo Eugenio Trías, fungieron como referentes para el estudio e interpretación de los encuentros cara a cara entre usuarios, siendo esta la condición constitutiva de la investigación, por cuanto el objeto de estudio es también la categoría de análisis. Para capturar la presentación cotidiana que las personas realizan cuando se encuentran unas frente a otras, se llevaron a cabo observaciones sistemáticas en el interior de las unidades de transporte masivo y se sostuvieron conversaciones dirigidas con los usuarios.

PALABRAS CLAVE: límite, sociología filosófica, transporte público, interaccionismo simbólico, persona.

INTRODUCCIÓN

La noción de límite, devela una condición de posibilidad para comprender el mundo social. En este análisis, el concepto y la experiencia se unen para dar cuerpo a las contestaciones sobre su presencia bajo el amparo de la teoría del interaccionismo simbólico, puesta a prueba durante los cotidianos encuentros cara a cara de quienes hacen uso del sistema de transporte público. La incorporación de esta teoría modela la interpretación de las cambiantes realidades cotidianas y permite el encuentro de constantes interaccionales susceptibles de generalización.

Funciones tales como identificar, clasificar, relacionar y organizar serían irrealizables sin la distinción y unicidad que hace aprehensible la realidad y la experiencia. El acceso a dicha experiencia pasa por entender que existen entidades con características, propiedades y atributos específicos para desde allí ser significadas, representadas e interpretadas por el individuo. Dicho de otro modo, no hay experiencia social que sea ajena al límite, en tanto su presencia hace posible el acceso a una totalidad que de otra manera sería ininteligible. Toda experiencia se adeuda a la posibilidad de concebir un confín que la haga cognoscible y en cuya demarcación se descifran interacciones que de otro modo quedarían ocultas, siendo el establecimiento de límites una condición necesaria para el entendimiento humano.

Al mismo tiempo, en el límite emergen novedosas conceptualizaciones sobre el mundo y sobre las frágiles conexiones de la realidad. Concebirlo como elemento condicionante de la interacción social, constitutivo de esta y modelado en la cotidianidad, permite una aproximación analítica a su naturaleza. En dicho contexto, aparece el espacio urbano para enaltecer la individualidad y las luchas constantes por la distinción, en un versátil y ambiguo flujo de sociabilidad momentánea hecha de formas mínimas de interconocimiento que comprenden una complejidad efímera

(Delgado:1999). Estas formas ponen en relieve las acciones y movimientos que confeccionan el límite en tres dimensiones: *en torno a él, producto de él y en el límite propiamente dicho*.

Ensamblado en el espacio urbano, el transporte público masivo se revela como un lugar sobresaliente para interpretar los fundamentos de enunciación del límite e iluminar su experiencia interactiva, al confluír en él toda suerte de sucesos conjuntivos y disyuntivos del estar social. La insistencia de entender los encuentros cara a cara en el sistema de transporte público como elementos procedentes para analizar el límite, se ampara en la intención de situar la perspectiva de observación en un punto linde de los acontecimientos, proporcionando la oportunidad de estudio no desde «adentro» de la ocurrencia, sino desde el contraste que consiente el cerco, toda vez que en él se dan cita la diferencia a la vez que la similitud, sin privilegio alguno de ninguna de las dos (Ramírez, 2001). Bajo esa mirada, indagar las manifestaciones del límite en las interacciones cotidianas aporta a su comprensión y posicionamiento como condición del mundo social.

De tal manera, el origen de la palabra límite seguido de los fundamentos teóricos que orientaron la investigación, son el punto de partida de este estudio cuyo propósito cardinal es la enunciación de su concepto, en perspectiva de contribuir a la comprensión de la experiencia y el conocimiento de la realidad social mediante la entrega de una abstracción referencial. Para llevarlo a cabo, se presentan diferentes situaciones de la vida cotidiana ocurridas en el transporte público masivo, seleccionadas en razón a su potencia representativa. En el cierre, los eventos o situaciones descritas dan paso a la conceptualización del límite, la cual es construida a partir de la estrecha sujeción entre el trabajo empírico y la teoría.

Aproximación al límite a partir de la palabra

Etimológicamente, la palabra límite procede del concepto latino *limes* (s. XV), que expresaba el espacio habitable situado entre la ciudad y lo exterior, en donde confluían romanos y bárbaros, ciudadanos y extranjeros. Según Rosales (2013), en diálogo con Trías (1991), el mundo propiamente dicho estaba dentro de las fronteras. La morada y dominio de lo humano, sucedido de acuerdo con las leyes, el ordenamiento y la proporción, constituía el lugar de comparecencia en que unos y otros vivían sus vidas. En cambio, lo otro, lo que quedaba allende, era el misterio, que acosaba y cercaba desde fuera y, sin embargo, se concebía como un horizonte presente, como el fondo inquebrantable que permitía que lo ocurrido en casa pudiera suceder.

En un diccionario común, la primera acepción define el límite como: «línea real o imaginaria que marca el fin de una superficie o cuerpo o la separación entre dos entidades» (Diccionario de la RAE: 2014). Este enunciado implica la existencia de una distancia concluida en razón a una presencia definitoria. La entidad, superficie o cuerpo obra de manera pasiva como aquello a lo que se da fin, siendo el límite responsable de su diferenciación, pero no de su existencia. La idea de separación, distinción y conclusión de lo que es y lo que no es, resulta central en este postulado. Un cuerpo no es otro porque hay límite, bien sea de orden material o intangible, y en tal sentido, interviene sustantivamente en la experiencia sobre el mundo.

En segundo lugar, es definido como: «punto o línea que señala el fin o término de una cosa no material; suele indicar un punto que no debe o no puede sobrepasarse» (Diccionario de la RAE:

2014). Bajo esta concepción, hay un valor que impide el acto, una suerte de norma que retiene para definir toda acción, pese a evocar la constante posibilidad por cuanto algo existe allende a él. La tensión da lugar al núcleo del concepto: el movimiento que no se resuelve en la definición; empero, la finitud no se agota en la materia dando lugar a la contingencia trazada por eso que es a la vez practicado e intangible. La forma tomada -punto o línea- obra como accidente, siendo el acto que detiene, la esencia del planteamiento.

La acepción proveniente del campo matemático, indica que el límite es un: «valor fijo al que tienden, sin alcanzarlo, los términos de una serie infinita de números» (Diccionario de la RAE: 2014). En esta noción aparece la idea de movimiento perenne, el cual posibilita una sucesión de aproximaciones que no logran situarse en el límite. Hay una suerte de indeterminación continua que impide concluir mediante el arribo o el rebaso. En simultáneo, el valor que es en sí el límite aparece como entidad definida, por cuanto el movimiento no ocurre en él, sino que se sirve de este para hacerse evidente. En esta idea, la potencia no se halla en el límite mismo, sino en la irresolución del acercamiento.

A partir de las proposiciones acopiadas, se entiende que el límite existe en tanto movimiento, debiéndose al acto que ocurre en su razón o indiferente de él. En todos los casos interpela al cuerpo, la cosa o la serie que no permanece ajena a su presencia. El límite se manifiesta inteligible en realidades rastreables a través de lo que no es, en lo que define o gobierna, pero no es él mismo y, por tanto, existiendo en relación con otro.

En suelo filosófico, Kant y Wittgenstein hablaron del límite como muro (*Schranke*), al entenderlo en sentido negativo, siendo algo que no puede ser traspasado (Pérez-Borbujo: 2013). Hegel lo introdujo al ámbito de lo real (*Grenze*) como efecto de una negatividad reflexiva sobre sí misma, indicando que «el adentro y el afuera, el más acá y el más allá, forman parte ambos del límite. Es unión de algo y su negación, siendo límite el medio que contiene -tiene juntos y en sí- sus extremos» (Vincenzo, 2005:37).

De otro lado, Trías (1999) apostó por el límite como principio originario y fundamento mismo de la negatividad inherente a lo real, haciendo de él el concepto nuclear de su propuesta metafísica. Según este autor, pensar en y desde el límite, implica concebirlo como realidad ontológica productiva y generadora de ser, vida y sentido, entendiéndolo en forma afirmativa por cuanto puede ser habitado. Además, advierte que es evidenciado en dos términos: uno como ámbito propiamente límite, susceptible de experiencia, y el otro, como concepto más allá de sí.

Para Trías, todo límite es un doble límite, que deja dentro entre los términos relativos que pone en conexión, un espacio propio. De tal manera, el límite promueve dos extremos asimétricos, «el que constituye nuestra experiencia, y el misterio que trasciende la propia incardinación del límite» (Trías, 1999:48). A la vez, Sucasas (2003:207) recoge los aportes de Trías, señalando que «el límite encarna la ambivalencia de la línea fronteriza, a la par trazado que delimita y separa territorios (dos espacios clausurados, el nacional y el extranjero), y lugar de tránsito entre ellos. El límite es barra (/) que escinde y une los dos elementos situados a ambos lados; es gozne o bisagra igualmente aptos para el cierre y la apertura».

Consideraciones emanadas del interaccionismo simbólico

En la teoría del interaccionismo simbólico, Erving Goffman (1983) plantea que la persona surge en los encuentros cara a cara como un proceso social que involucra la preexistencia de un grupo, poniéndose en juego normas y pautas de acción a las que el actor se adecúa, en una suerte de reconocimiento interactivo de las estructuras sociales. Al mismo tiempo, el grupo social permite que el individuo exista como persona para sí, al poseer una capacidad reflexiva que responde a la acción significativa que desarrolla la actividad social (Mercado y Zaragoza, 2011).

El uso de símbolos significantes, en función del lenguaje surgido en la interacción sociedad y persona, despierta en uno la reacción que despierta en los otros. Bajo este presupuesto, la realidad se construye desde el lenguaje y la comunicación, y en la cual «el sujeto aprende a reconocerse como un objeto para sí, que actúa para el otro generalizado que organiza, y dota de significado el papel que interpreta. Solo a partir del otro generalizado, el sí mismo adquiere unidad» (Mercado y Zaragoza, 2011:165). En tal sentido, la organización social permite a la persona hacer parte de un medio e identificarse como propia y como otra, siendo a la vez todos, al existir como grupo social en la determinación de la persona en tanto pertenece.

El orden interaccional surge en la presencia inmediata de unos con otros, mientras la situación concreta revitaliza y sostiene las estructuras sociales, aun cuando no sean estas el objeto de análisis. Dicho así, el carácter repetitivo de las interacciones sucede de manera ordenada y compleja, encarnando «rituales interpersonales» alcanzados mediante acuerdos sensibles y causales, por lo cual, un estudio originado desde esta perspectiva se centra en las «formas que adoptan las interacciones sociales, las reglas a las que responden, los roles que cumplen los actores implicados y el orden específico que constituyen las interacciones» (ibídem: 169). Según Goffman, las actividades de los individuos en la vida cotidiana, sucedidas en función de los intereses inmediatos de los actores, comportan fuerzas que configuran las características de los sistemas sociales, pero que no son definitorias en el encuentro de un individuo frente al otro.

En el trabajo monográfico titulado: «La presentación de la persona en la vida cotidiana», las consideraciones de este autor son presentadas como un manual que dirige la lectura de la comunicación emitida por los cuerpos durante su presencia en un escenario de proximidad material. Estas relaciones suceden en razón de un sistema reglado y ritual que las rige, puesto que «el sentido social de nuestras acciones siempre debe comprenderse en relación con la situación interactiva en que surge» (Goffman, 1983:7). Partiendo de este planteamiento, el sistema de transporte público masivo es un medio capaz de dar cuenta del orden interactivo que se construye cuando una persona está en presencia de otra, indistinto de las causas del encuentro o las características individuales, reconociendo que «las reglas del tráfico peatonal pueden ser estudiadas en cocinas y en calles repletas de gente, los derechos de interrupción tanto en el desayuno como en la sala de los tribunales, las caricias en los supermercados y en el dormitorio» (ibídem, 1983: 2-3).

Puesto que la persona se presenta a sí misma queriendo comunicar atributos positivos y pretendiendo controlar las impresiones generadas ante el público, es el sistema de transporte un escenario desafiante para entender su ocurrencia, debido a la transitividad de la presencia de los actores, la breve duración de su estancia, la extrañeza de unos con otros y la considerable

cantidad de interacciones simultáneas. Además, estas condiciones aportan un tamiz de extratemporalidad y consenso a las situaciones observadas, siendo la fachada presentada en las unidades de transporte un «equipamiento expresivo de tipo estandarizado que alude a aquellos atributos que consiguen consenso y aprobación al expresar valores y jerarquías socialmente aceptadas (...) la habilidad para asumir roles siempre es el resultado de un proceso de fijación, de estabilización de la capacidad representativa, que constituye uno de los aspectos clave de la socialización» (Goffman 1983, citado por Herrera y Soriano: 2004:63).

Así mismo, Goffman subraya la doble lectura del observador, al poder reconocer el sentido intencional atribuido por el actuante a su presentación ante otros y la captura de los comportamientos inconscientemente emitidos, integrando su interpretación a la acción del otro (Herrera y Soriano: 2004). Sumado a ello, al observar el «comportamiento del individuo momento por momento, descubrimos que no permanece pasivo ante la producción de potenciales significados que lo controlan, sino que, cuando lo logra, participa activamente en sostener una definición de la situación que sea estable o coherente con la imagen que tiene de sí mismo» (Goffman, 1956:104). En razón a esto, el interior de los buses o unidades de transporte, permite participar de las interacciones expeditas que se repiten entre uno y otro trayecto y, a partir de allí, realizar consideraciones soportadas en los presupuestos teóricos que dirigen la observación.

Por otro lado, este espacio demarcado, móvil y público es en sí mismo un referente del límite, en tanto sus dimensiones están definidas bajo criterios biomecánicos que atienden a las necesidades de automovilidad y propulsión de un vehículo de carga. En su interior, la distribución de los elementos que lo conforman tales como sillas, pasamanos y otros, corresponden a parámetros de diseño establecidos para lograr mayor eficiencia en el transporte masivo y constante de la ciudad. A la vez, el ingreso al interior de los autobuses demanda formas de comportamiento y estar social, que atienden a la presentación que las personas realizan cuando se encuentran en presencia de otros y que se intensifican en un espacio circunscrito de manera temporal como un lugar participado.

En esta última cuestión descansa el núcleo de su escogencia como escenario para la observación, al dar cuenta del vínculo momentáneo que establece una persona con otra a partir de su presencia delimitada en el tiempo y en el espacio; un cara a cara en el que se manifiesta, ante la mirada del observador, el asir de la sociabilidad, por cuanto la ausencia de ese encuentro comporta formas de actuación que distan ampliamente de las manifiestas ante la mirada de otros y, en tal sentido, la presencia o ausencia obra como motor de intercambio comunicativo en el que emerge la interacción social como referente de estudio.

Es entonces el transporte público masivo un escenario destacado para experimentar el límite, al descubrirlo como condición de interacción entre personas, por cuanto a él se adeuda la permanencia y relacionamiento en un lugar definido y transitorio, expresión del límite mismo. La heterogeneidad de actores, junto a su evanescente estancia en el interior de un bus, enuncian al límite como una posibilidad para interpretar las interacciones que en él ocurren. Personas de múltiples géneros, edades, tamaños, formas, clases sociales, ocupaciones, sexos y procedencias confluyen en las diferentes rutas del sistema de transporte masivo con mayor o menor frecuencia. De tal suerte, el paisaje social variopinto despliega generosas oportunidades para indagar el

límite, demandando de la observación un doble movimiento: la interpretación de la interacción en sincronía con la interpretación del límite.

Si bien las situaciones descritas son cotidianas, la continua forma de respuesta permite advertir prácticas sociales que se repiten regularmente y que «encajan, en su conjunto, en un marco coherente, que une los fragmentos vivenciales ya experimentados por el lector y brindan al estudioso una guía sometida a prueba en los estudios de caso de la vida social» (Goffman, 1959:12). Con todo lo dicho, se advierte el límite como una separación que une y que prevalece pese al dinamismo de la vida social, en tanto las interacciones dependen, se condicionan y modelan por él y en él, dando cuenta de su existencia en la realidad de tales relaciones. En ese sentido, es preciso ordenar el análisis hacia lo que ocurre en el resquicio, siendo un lugar privilegiado para identificar la interacción social como una textura susceptible de ser interrogada, a partir de la complejidad que implica entender el límite como algo más que una escisión.

METODOLOGÍA

En este estudio, se llevó a cabo una primera etapa de observación exploratoria de las situaciones de interacción directa ocurridas entre los usuarios al interior de las unidades de transporte. Los performances identificados se renegocian en un flujo constante de intersecciones entre usuarios que de manera agitada e incesante vuelcan sus fachadas unos sobre otros, orientando la impresión que desean generar y definiendo en simultáneo la situación. De tal manera, la representación emitida por la persona en el interior del bus no se reduce a la causalidad o al incidente, sino que obedece a una participación constitutiva de la situación que es capturada, a partir de la separación de quien observa desde afuera.

Conjuntamente, se desarrolló una etapa de observación participante que implicó el reconocimiento y categorización de los indicios previamente localizados, sobre la forma cómo este espacio construye y es construido en la interacción, identificando las prácticas del lugar, rutinas o comportamientos conexos y los definidores de la situación que intervienen en la acción entre usuarios. Dicha participación cobijó conversaciones informales intencionadas y direccionadas, a fin de indagar sobre las experiencias de los usuarios en el sistema de transporte público masivo. Teniendo en cuenta la constante variación del escenario, fue oportuno delimitar con precisión los referentes de conversación y de observación, captando con aguda sensibilidad los comportamientos intercambiados entre usuarios. Cada etapa representó mayor familiaridad y conocimiento sobre el escenario, a la vez que distanciamiento del comportamiento ordinario, determinando el cese de actividades de campo para dar cabida a la interpretación a la luz de los presupuestos de partida.

El análisis de los registros y notas de campo dieron cuenta de las convergencias y divergencias en las formas de interacción. A la par, el paisaje social heterogéneo desplegó generosas oportunidades para indagar el límite, demandando de la observación un doble movimiento en sincronía: la interpretación de la interacción y la interpretación del límite. Así dicho, las regularidades cotidianas de interacción junto a los conceptos de base fungieron como fundamento y guía para colegir el límite y a partir de este ejercicio, construir su conceptualización.

La contrastación con la teoría fue cardinal en todos los momentos, al constituir la vía para robustecer el concepto de límite en interlocución con los hallazgos de campo, cuyo horizonte de indagación fue la teoría misma. En este sentido, los aportes del interaccionismo simbólico obraron como referentes de indagación e interpretación, brindando el sustrato que estructura la reflexión, junto a consideraciones emanadas del terreno filosófico. De tal suerte, las argumentaciones y conclusiones beben de dos campos del conocimiento que se integran para aproximarnos a la contestación de la pregunta primera. El interaccionismo simbólico fue incorporado analíticamente, a través de conceptos que modelaron la interpretación de las cambiantes realidades cotidianas y permitieron el encuentro de invariables interaccionales susceptibles de generalización. Estas variables constantes, trazaron el camino para el entendimiento del límite bajo la égida de una esclarecedora base teórica que actuó, conjuntamente, como ruta metodológica.

CONCEPTO Y EXPERIENCIA: LA PRAXIS DEL LÍMITE

La vida social, organizada en el marco de una región¹ concreta como una unidad de transporte, es manifestación del límite, a la vez que un fértil campo para observar su práctica. El individuo se presenta ante otros, quienes se constituyen en partícipes de la interacción al ajustar su propia actuación para ser simultáneamente actuantes y público. A partir de ahí, el análisis de la situación ilumina la naturaleza relacional del límite considerando que «cuando un individuo llega a la presencia de otros, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen» (Goffman, 1959:13). Bajo estas consideraciones, a continuación, se presentan cotidianas situaciones sucedidas durante la presentación cara a cara entre usuarios del transporte público en las cuales es posible rastrear el límite.

Transición entre estados: expresión del límite

En la trayectoria de transporte, el acto de ceder la silla es precedido por un ágil juicio sobre la dotación expresiva que ha emitido el actuante y ha sido observada y significada por el depositario del bien que es la ubicación en la silla. En esta transacción intervienen diferentes elementos: por un lado, la fachada² emitida por quien será depositario del acto, la cual suele implicar expresiones de fragilidad o lasitud acompañadas en ocasiones de medios como el vestido, la postura o el sexo, los cuales vehiculan y revalidan la transmisión del mensaje. Por otro, el público a quien va dirigida la fachada, que gravita entre las personas que se ubican en torno a la silla y quienes efectivamente la ocupan. Posteriormente, procede la realización dramática³ destinada a vigorizar lo que se desea transmitir. De este momento, participan todos los actuantes mediante la confirmación visual o gestual de sus intenciones bien sea mediante la mirada directa a quien ocupa la silla, la verbalización de la intención articulada a la exhibición de los atributos para la obtención del lugar o la expresión de requerimiento, a través del gesto cansado o demandante.

¹ En la sociología del interaccionismo simbólico Goffman (1959) define la *región* como un lugar limitado por barreras antepuestas a la percepción que intervienen en la conducta social y en la definición de una situación dada.

² La *fachada* (Goffman, 1959) hace referencia a la definición de una situación a partir de la dotación expresiva empleada de manera intencional o no, implicando la observación de la situación de modo general o prefijado.

³ La *realización dramática* (Goffman, 1959) comprende el conjunto de signos dirigidos a reforzar lo que se desea transmitir en la interacción.

En tanto la cesión del puesto recae sobre el control efectivo de la actuación se genera una cierta mistificación⁴ en la interacción. Durante el ingreso al autobús los actuantes optan, por ejemplo, por sostener un niño en brazos aun cuando por fuera de la región el infante ha deambulado con autonomía. Igualmente, las personas de mayor edad exhiben gestos histriónicos de agotamiento o verbalizan sus dolencias con un interlocutor conocido o casual, orientando su propósito de merecer el asiento. El instante de acción o movimiento se ordena a gestos físicos promovidos por el relacionamiento, toda vez que la audiencia ha interpretado el mensaje y ha aceptado su desenlace mediante el acto de levantarse. Del estado de quietud, al estar sentado, se pasa a un estado de alerta producto de la reciente acción ejecutada. Quién se ha puesto de pie por unos instantes observa cómo la silla es ocupada, atestiguando el intercambio de estados hasta finalizar el movimiento; conjuntamente, la persona a la cual se ha cedido el lugar acompaña al anterior ocupante con la mirada o mediante un gesto de atención.

En la escenificación descrita emerge el límite como condición de la interacción toda vez que la región, la fachada y la mistificación suponen expresiones intencionadas que operan en el relacionamiento con el otro. La región define hasta cierto punto la actuación, implicando una previa percepción del lugar, el cual es determinado mediante la fijación de límites inmediatos que posibilitan la acción. A la vez, el límite se manifiesta en el intervalo de actuación en que la persona sentada ha dispuesto ceder el lugar y cuya decisión alberga el cambio de un estado por otro. Esta situacionalidad es colmada por el límite por cuanto el tránsito entre estados conlleva una ruptura capaz de distanciar lo que era de lo que será. El movimiento de pérdida del asiento enuncia un precedente respecto de un porvenir; la ruptura de lo que estaba y ahora no.

Inherentes a todo acto, los cambios dan cuenta de la movilización causada por las fuerzas que se ejercen en la interacción y responden a la sociabilidad practicada cara a cara. La traslación hacia un estar diferente, en razón a la impresión emitida y después aceptada, demarca la distinción en la situacionalidad del usuario. El tránsito en favor de un estado sobre otro es también límite, siendo una experiencia individual con asidero en la interacción social que despliega una ruptura en el estar. En ese sentido, «las segmentaciones que reconocemos en la organización de la realidad no son las consecuencias de unas diferencias preexistentes a ellas, sino, al contrario, su demanda básica» (Delgado, 1999:103).

Sin embargo, en la presentación de estas actuaciones no siempre se obtiene el resultado esperado puesto que el público logra distanciarse del objeto de la actuación, a través de artificios expresivos como dormir, mirar fijamente a través de la ventana, desatender intencionalmente la fachada o cualquier otra actuación que le permita conservar el lugar en la silla. Estos gestos hacen parte de la dotación de signos que el individuo imprime a su realización dramática, definiendo la situación mediante una indiferencia destinada al franqueamiento de la norma social, que estriba en ceder la silla a quien expresa requerirla más que su ocupante. Siguiendo a Turner (1981:43), «la emoción y la praxis dan vida y colorido a los valores y las normas, más la conexión entre la expresión conductual del conflicto y los componentes normativos de cada tipo de ritual y sus símbolos dominantes, rara vez la formulan los actores participantes». Así, la descolocación ha

⁴ La *mistificación* es definida por Goffman (1959) como la acentuación y ocultamiento que el individuo realiza de la información proyectada en la situación.

posicionado al usuario en un nuevo estado del que participa mediante una fachada que se resiste al involucramiento expresado con la mirada.

Transgresión, certitud y allende

Ante el arrojamiento público de desechos o basuras al interior de las unidades de transporte, algunos usuarios manifiestan indiferencia a la situación y acompañan con mirada distraída el acto, cesando su atención con la corroboración visual del objeto depositado en el suelo, en la silla, en una abertura de la estructura o en cualquier lugar no destinado para el depósito de materiales; otros desaprueban la acción y transmiten su impresión a través de la mirada penetrante al actuante que puede o no participar del intercambio comunicativo. La verbalización de la censura suele estar a cargo de los allegados puesto que el auditorio en restringidas ocasiones interviene, aun cuando desapruebe la actuación. En caso de ocurrir, previamente ha evaluado atributos de la fachada personal del actuante tales como el sexo, la edad, el estatus o el tamaño y una vez considera no estar en desventaja, expresa su desavenencia sobre el acto acompañando la interpelación de un señalamiento físico del objeto.

Previo al suceso existe una cierta indiferenciación entre usuarios expresada en un letargo uniforme que se altera mientras revela la fragilidad de la situación. La norma opera como entidad unificadora, perturbada en razón a la desobediencia de un actor capaz de poner de manifiesto una distancia de naturaleza caótica que amenaza el orden y hace al individuo aparecer por primera vez ante los otros. Esta inestabilidad convoca miradas y fuerzas que pretenden devolver la situacionalidad a su estado original de inercia. Allí, el límite enuncia su presencia como un creador de acciones creado mediante una acción que pertenece a cada una de las entidades que diferencia, sin ser completamente parte de alguna; se articula y se hace puente en un movimiento que «organiza indefinidamente un aquí en relación con un allá, una "familiaridad" en relación con una "extrañeza"» (De Certeau 1999:142). Mediante un movimiento que es a la vez acción y transgresión, el individuo se convierte él mismo en límite.

De esta manera, la definición general de la situación comporta restricciones en las actuaciones y una transmisión de impresiones basada en la valoración de las debilidades o ventajas que se perciba tener sobre el receptor del mensaje. En este escenario, un determinado direccionamiento dramático puede conducir al enfrentamiento entre los participantes y, sin embargo, ante una potencial riña, discusión o enfrentamiento aparecen, en palabras de Durkheim, ciertas *burocratizaciones del espíritu*, esto es, el sometimiento del impulso en razón a la actividad social. La censura, guardiana del buen estar en el escenario público, es una fuerza social basada en el sometimiento del impulso individual por el colectivo; los otros actúan como sostén de una situación en la que la persona es tensión y parte. Una predicción inmediata del movimiento permite al actuante vaticinar los fines de sus actos, revelándole el margen social que lo domestica y afirmando al límite como condición de la interacción.

El franqueamiento del límite fluctúa entre la certitud inmediata y el vasto campo allende a él; la situación «define un cerco que no es otra cosa que lo que el sujeto puede denominar su mundo. Todo aquello que queda fuera constituye entonces, un campo de lo extraño, lo extranjero, lo ajeno a ese hogar seguro que el sujeto mismo se ha construido» (Girón. Sf: 61). Lo desconocido

obra como demarcador de la línea de conducta seguida por el usuario, el cual es conminado hacia lo inexplorado en el instante de su rebaso, hacia un escenario de posibilidad que se abre ante sus sentidos para arrojarlo a una experiencia social y personal de incertidumbre que es, a la vez, un horizonte de posibilidad que separa lo que fue de lo que será.

La escisión entre lo mismo y lo otro

La somnolencia indiferente colisiona con la entrada en escena de una persona en evidente estado de embriaguez, que irrumpe en la trayectoria rutinaria de los pasajeros; igual sucede ante la presencia de alguien que presuntamente atentará contra la seguridad de los usuarios o frente al arribo de un habitante de calle, cuya higiene deficiente perturba el olfato de los ocupantes. Tales personajes definen la situación de equipo⁵, al introducir en el auditorio el carácter de unidad o bloque mediante la alteración uniforme de la interacción de quienes circundan y tienen conciencia del actor no deseado.

En el caso de la persona ebria, las miradas compartidas entre el auditorio, los gestos de rechazo y la desavenencia hacia su proximidad corporal son parte de las fachadas regulares. Frente al posible ladrón, el auditorio emite gestos de alerta tergiversados hacia la calma aparente, evitando miradas hacia el agente indeseado, trasladándose forzosamente de la posición ocupada y/o expresando muecas tensionadas de animadversión por participar ineludiblemente en la interacción. En cuanto al habitante de calle, la apertura de las ventanas, el giro del rostro hacia el lado opuesto al actor indeseado, los gestos compartidos de desaprobación y desprecio, el apartamiento físico y el guiño de alivio ante su eventual retiro, hacen parte del repertorio interaccional de la situación. Un control expresivo diferente ocurre en el cambio de pañal a un infante, pues si bien el acto altera la sensibilidad olfativa al interior de la región, en el grupo genera expresiones de indulgencia comunicadas mediante la parsimonia en la apertura de las entradas de aire -ventanas o agujeros de los techos- o de facto la ausencia de tal acción.

En este sentido, la actuación no es puramente una extensión del carácter del actuante en términos personales, sino que implica funciones dentro de la interacción social en la que existen pautas de comportamiento apropiadas, coherentes y embellecidas que habrán de ser exhibidas y advertidas por otros. Según Mead (1972), para definir la acción y la reacción la persona puede y debe ponerse en el lugar del otro, en tanto el sujeto aprende simbólicamente a conocerse como objeto para sí actuando para el otro generalizado, que organiza y dota de significado el papel que interpreta de manera que el sí mismo adquiere unidad en el otro; «solo la organización social permite al individuo identificarse como ente propio, coherente con su medio y que se suma, a su vez, como otro» (Mercado y Zaragoza, 2011).

Una región físicamente cerrada fuerza la proyección de una situación social concreta de modo que «cuando los intrusos hacen su aparición en la región, los actuantes tienden a prepararse para

⁵ De acuerdo con Goffman (1959) el *equipo* es un conjunto de individuos que cooperan para representar una rutina determinada. El equipo es un grupo, pero no en relación con una estructura social o una organización social, sino más bien en relación con una interacción o una serie de interacciones en las cuales se mantiene la definición pertinente de la situación.

comenzar la actuación que montaron para los intrusos en otro momento o en otro lugar, y esta repentina celeridad para actuar de una determinada manera aparece una confusión, cuanto menos momentánea, en la línea de acción a la cual están entregados los actuantes» (Goffman, 1959:151). Siendo el límite la escisión entre lo mismo y lo otro, entre lo que estaba y ha cambiado; su existencia se hace práctica en la mutación de la región transformada a partir del giro abrupto de la interacción entre ajenos, quienes ahora se vinculan socialmente en razón a la introducción de un agente mutuamente indeseado.

A la vez, el control expresivo mantenido por los actuantes pone en relieve el límite suscrito entre quienes elaboran una connivencia espontánea de equipo y el agente discordante que la motiva. A través del repertorio de gestos, fachadas o tergiversaciones se fijan normas de convivencia y sostenimiento de una situación que, al retiro del elemento disonante, vuelve a un estado aparente de reposo. En una suerte de contracción, la interacción se moviliza hacia el anonimato y el desasimiento que prevalece cotidianamente en la trayectoria de transporte, revelando en el límite un atributo expansivo respecto a la situacionalidad. Este planteamiento retoma lo dicho por Delgado (1999:105) cuando afirma que «lo más intenso y más creativo de la vida social, de la vida afectiva y de la vida intelectual de los seres humanos se produce siempre en sus límites». Desde el encuentro hasta la incertidumbre y la posibilidad, el límite se propaga hacia lo ilimitado, estableciendo por él y en él una situacionalidad que no se colma en lo inmediato, sino que se ubica en su allende.

Lugar de tensión: entre la completitud y escases

Ante la presencia de un usuario que reza con visible gesticulación en tono susurrante, el auditorio prontamente se percata debido a la disonante escena que constituye un monólogo en una región participada. No obstante, al identificar en su mano algún artefacto religioso, el juicio inicial se replantea para dar paso a una actitud de desinterés frente al usual acto de rezar. La escena cobra un tamiz diferenciado cuando el actor habla consigo mismo o ríe sin un interlocutor visible o sin la compañía de un dispositivo tecnológico tal como un teléfono móvil, un libro o un ordenador puesto que «la imposibilidad de regular la información adquirida por el público implica una disrupción en la definición proyectada de la situación» (Goffman, 1959:78).

El auditorio suele observar con atención disimulada toda acción que juzga errática, encontrando brevemente la mirada cómplice de otro participante quien igualmente observa la escena. Al participar de un medio definido, cerrado y estrecho, las interacciones en el interior de la unidad de transporte están sometidas a la posibilidad de percibir ágilmente las fachadas presentadas y reaccionar con celeridad ante el mensaje emitido. Dicha interacción transita entre las posibilidades infinitas que revela la existencia del límite y la permanencia inmóvil en la región que define; ubicando a la persona tanto de un lado como de otro y descubriendo en el actor lo que De Certeau (1999) ha llamado *la paradoja de la frontera*, en la que todo lo que está separado está unido por lo mismo que lo separa.

La indefinición del individuo que no habla con nadie perturba el estar de los otros y dispone a la región como un medio de contrastación entre lo concebido normal y lo que no; este encuentro entre la completitud y la escasez revela la concepción del individuo sobre la norma definida a

partir de lo anormal, es decir, ratificando lo que es por lo que no es. De tal manera, es el límite un lugar de tensión donde lo normal para el individuo diverge del colectivo y cuya intersección precisa una perturbación de fuerzas ocurrida en la interacción. Esta intersección revela su doble condición: la situacionalidad que deviene por él y en él. Al mismo tiempo, en la divergencia subyace la oportunidad de concebir la existencia de algo diferente de lo mismo, de lo usual, de lo conocido. Una idea cercana es expuesta por Foucault (1996:128) cuando descubre al límite como «una glorificación de lo que excluye y que se abre violentamente sobre lo ilimitado, encontrándose de repente arrastrado por el contenido que rechaza (...). La transgresión lleva el límite hasta el límite de su ser; lo conduce a despertarse sobre su inminente desaparición; a descubrirse en lo que ella excluye (más exactamente quizás a reconocerse ahí por vez primera); a experimentar su verdad positiva en el movimiento de su pérdida». Así, la norma precisa una manifestación estática de la interacción, en torno a la cual, se producen movimientos de acatamiento o infracción que la posicionan como límite.

Naturaleza bifronte, inflexión y referente de retorno

El accidental toque de un pasajero a otro en una zona íntima del cuerpo o la caída al suelo producida por el trastabille del calzado, configuran contingencias de la comunicación⁶ en las que emerge el límite para demarcar el evento de deformación que rompe el desarrollo regular del relacionamiento. Aun cuando la torpeza corporal es común a todas las personas, su ocurrencia en el escenario social comporta un desbalance en las reglas de conducta y estar que expone el frágil equilibrio de la interacción cotidiana y, a la vez, revela dramáticamente el flujo continuo de interacción que comparten los más ajenos usuarios del transporte público, siendo justamente la base sobre la que se sustenta la región. Del mismo modo, la efervescente expresión de erotismo en una pareja modifica la situacionalidad, poniendo en juego reglas de etiqueta, glamur y modales rastreables en la afectación del auditorio y su emisión de interjecciones correctivas como la aclaración de la garganta o el profundo resoplar.

Tales escenas dan cuenta del límite, al existir una expresa imbricación entre lo que es o no aceptado en espacios compartidos, enunciándolo en la sanción que pretende imponer una línea de acción que detendrá la escenificación y definirá la situación. En ese sentido, es el límite un referente de retorno, una suerte de hito de lo que fue, un antes al que se proyecta volver mediante una inflexión que únicamente se conquista transitando hacia el porvenir. El distanciamiento de la norma conlleva al advenimiento de la indefensión respecto del movimiento a suceder, por cuanto el sustento representado en lo fijo y conocido desaparece a medida que la acción avanza, de manera que «el gesto que salta por encima de los límites toca la ausencia misma» (Foucault, 1999:142). A este estado de indeterminación le sucede el impulso hacia lo establecido, lo certero y lo familiar que resulta ser la regla o pauta social del buen estar en un lugar público.

Igualmente, el empleo de un volumen moderado de voz al expresar palabras consideradas vulgares, implica el reconocimiento previo de una ruptura en el continuo tonal del trayecto que conlleva al actuante a auto regularse mientras emite tales vocablos. En esta disonancia sonora y

⁶ Goffman ha denominado *contingencias de la comunicación* a los gestos inadvertidos, accidentales o no destinados por el actuante a contener significado que, en ocasiones, transmiten impresiones incompatibles con la norma de la situación.

situacional descansa el límite como condición que fija la situación, siendo expresado en la oclusión y transición sonora de un momento adeudado a la sanción social interiorizada. Este flujo situacional configura una trayectoria de interacción que, al margen del antes y el después, denota una relación social -entre actores y actuaciones- en cuya ocasión el límite se hace inteligible al reconocerse como condición de su ocurrencia y a la vez como su creación.

En el mismo sentido, el retiro no consensuado de una pieza de utilería -bolso, maleta o paraguas- dispuesta en una silla para demarcar la posesión momentánea del lugar, genera en el temporal propietario notables gestos de incomodidad y desavenencia. En dicho movimiento, el límite franquea la efímera propiedad de la persona, modificando la interacción entre pasajeros y demarcando un antes y un después, que revela la voluble situacionalidad compartida por los usuarios y la sociabilidad que configura la región como un escenario de tensiones donde la existencia del otro se adeuda a la interacción.

Lo mismo y lo otro le atañe al límite en igual medida que el transcurso que configura, revelando «la noción de entre-deux como una idea que remite a la intermediación, al terciamiento, así como al intervalo o separación que une» (Delgado, 1999:124). Cada acto supone un límite en tanto se proyecta, finaliza y es definido; es la ruptura respecto de un estado presente, una distinción de lo que hay y dejará de ser, una suerte de predicción incierta sobre el cambio producido en la acción legible en el cese del movimiento. Allí, se descubre el carácter finito del acto y la posibilidad de reconocer la transición realizada que diverge respecto de lo que fue y será, como parte de un presente continuo cuya existencia, en voz de Foucault (1996), es una abertura derramada sobre sí misma.

CONCLUSIÓN: ENTONCES ¿QUÉ ES EL LÍMITE?

En el encuentro cara a cara aparece el límite para acotar radicalmente la singularidad de la persona, poniendo de manifiesto lo que es por lo que no es y enunciando en simultáneo aquello de lo que es parte. A esta síntesis vertiginosa y sensible que es el límite se adeuda su naturaleza paradójica de unión que separa. Dicha unicidad oficia por cuanto existe un límite que define y es conjuntamente transgredido en la concepción de pertenencia. De tal manera, el límite no se agota en lo que determina, sino que se expande hacia el encuentro con aquello que es igualmente límite. La distinción y la igualdad comparecen ante un mismo punto o línea, definiendo a la persona al constituirse en la expresión de lo que le es propio y ajeno.

La persona obra como especificidad y se destaca, abstrae o extrae respecto de otros, aunque no por esto se precisa aislada, sino que se identifica perteneciente a un grupo o colectivo en el instante cierto de la interacción, apareciendo el límite para definir el alcance de los otros en relación con el yo. La presencia inmediata entre personas atañe al límite, que fija el cercioramiento del confín propio ante la evidencia de la finitud ajena, y pese a esto, siendo también la marcación de un inicio. Es el límite la conclusión y comienzo sucedida en el mismo lugar y situación; reflexivo sobre sí respecto de lo otro.

Su existencia está implicada tanto en la abstracción como en la materialidad, si bien no se agota en la relación con los otros, aun cuando es a través de esta que se manifiesta francamente en el movimiento. De tal forma, el acto evidencia el límite toda vez que lo conquista al rebasarlo para

hallarse de nuevo frente a él, convirtiendo tal movimiento en una consecución perenne de descubrimiento e incertidumbre. La pérdida que subsiste a su encuentro despoja a la persona del resguardo de la terminación y la arroja hacia lo incierto.

En esta perspectiva, la presencia frente a frente ante el igual, quien es al mismo tiempo diferente, pone en evidencia la doble condición del límite: la finitud y el allende. Finitud al conceder un sentido de cierre; allende al remitir a la sospecha de una existencia que lo sucede. Entonces, reaparece la cuestión constitutiva del movimiento, en virtud de la cual se crea la condición de posibilidad que da cuenta del límite en la interacción ocurrida. Obedeciendo a su condición bifronte, el límite deja rastro de sí en la infracción para desaparecer conforme a la continuidad del acto que anuncia la sucesión de un nuevo límite.

Puesto que un cuerpo no es otro en tanto hay límite, emerge en las interacciones directas la idea de contigüidad, siendo justamente allí donde tiene lugar la presentación de la persona, que se expande en ese gozne interaccional sin negar la distinción que la configura y al abrigo de la cual sucede el encuentro. Por ende, todo intercambio personal es susceptible de ser leído desde la interacción en el límite en tanto acontecimiento adeudado al encuentro. En ese entendido, la persona obra en el límite al exponerlo como afirmación que niega. Afirmación por cuanto se conquista, se supera y se habita; negación al aparecer de nuevo en virtud de lo ilimitado, abriendo paso a lo desconocido y advirtiendo en el movimiento la terminación, legible en la irresolución que sobreviene al límite excedido.

A la vez, el límite habita en la sospecha de su existencia para desaparecer en el acto de su revelación, alzándose hacia la indeterminación que le sobreviene en la interacción ocurrida y a partir de allí, colocarse enfrente. No por esto es menos cierto, en tanto su superación y la idea misma de su presencia, cercan el intercambio para determinarlo y hacerlo posible. Bajo esta forma, el límite es constitutivo del relacionamiento cara a cara, al definir todo cuanto en él ocurre; contiene el momento de la negación al confinar lo conocido mientras se constituye en afirmación al superarse. Su presencia es definitoria al poner de manifiesto las relaciones que lo circundan y de las que hace parte sin ser enteramente parte de alguna; se adeuda a la conexión que revela, sirviéndose del movimiento para hacerse evidente. El cuerpo, esencial en la interacción, contiene él mismo el límite sin ser completamente él, aun cuando se sirve de su existencia para alcanzar el intercambio comunicativo, manifestando en sí mismo la materialidad que le concierne.

En este escenario, el límite pende de la diferencia al constituirse él mismo en las tensiones que traza, es decir, existe en la adyacencia que lo circunda, en el lapso de resistencia que conforma, aunque no se agota en su resolución, por cuanto subsiste en toda interacción. Es, además, contenido entre las partes que interactúan, al tiempo que su contenedor. Esta doble posición remite al límite en sí mismo, al límite como límite, que se expone relacionamente frente al supuesto de su existencia en el impedimento o en el rebaso.

La situacionalidad propiamente en él, permite advertir un desligamiento respecto de lo previo y lo venidero, reafirmando el lugar en correspondencia con lo otro que es también límite. Allí, una condición que le corresponde: el nexa o gozne. Toda interacción está atravesada por el límite al

suceder en relación con otro, descubriendo en su razón, la separación que une. La interrelación entre personas se afirma en el intercambio, declarando al límite en la escena al mediar todo cuanto en ella ocurre. La conservación de lo propio y lo ajeno se adeuda a su existencia, manifestando su doble figura, el aquí y el allá.

De tal suerte, en la interacción directa el límite se precia en dos puntos de referencia ambivalentes y en mutua competencia: por un lado, el margen de acción que el actor ejecuta, por el otro, la expectativa de una realidad contigua. Lo que ocurre en su interior, esto es, en el adentro enmarcado, determina aquello que se sospecha exterior y que a la vez afirma el acto mediante el contraste. Este movimiento hace posible el interactuar personal merced de esa bifronte presencia que define y revela la experiencia expedita de la finitud excedida. Así dicho, esta doble traza media en cada copresencia y se alza sobre sí misma para constituirse como un algo en sí, permitiendo entender que *el límite es la unión que escinde todo acto o movimiento*.

BIBLIOGRAFÍA

Cossio, Carlos. (1980). La racionalidad del ente: lo óntico y lo ontológico. Estudios en honor al doctor Luis Recaséns Siches, Tomo I México: Ediciones de la Universidad Autónoma de México. Disponible en:

<https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/3/1056/18.pdf>

De Certeau, Michel (1999). “Prácticas del espacio”. En: *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana. México D.F. pp. 35-52.

Delgado, Manuel. (2004) “De la ciudad concebida a la ciudad practicada”. En: *Cuadernos de crítica de la cultura*. N°64. pp 7-12

Delgado, Manuel. (1999). *El Animal Público*. Barcelona: Editorial Anagrama

Durkheim, Emile y Marcel Mauss (1996). “Sobre algunas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas”. En: *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*. Ed. Ariel. pp. 25-103.

Ferrater, José. (1965). Diccionario de Filosofía. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Foucault, Michael (1999). “Espacios otros” Conferencia dictada en el Círculo de Estudiantes de Arquitectura. 14 de marzo de 1967. Publicada en *Arquitectura, Movimiento, Continuidad*. No. 5. octubre de 1984. pp. 15-27.

Foucault, Michael. (1996) *De Lenguaje y literatura*. Editorial Paidós: Barcelona.

Foucault, Michael (1994). “Prefacio a la transgresión”. En: *De lenguaje y Literatura*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Giron, Carlos. La condición fronteriza: esbozo de una antropología filosófica en la antropología del límite. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra. [Tesis doctoral no publicada]

Goffman, Erving (1979) Relaciones en público: microestudios del orden público. Madrid: Alianza Editorial.

Goffman, Erving (1983) Interaction Order. En: American Sociological Review pp 1-17

Goffman, Erving (1959) La presentación de la persona en la vida cotidiana. Amorrortu Editores: Buenos Aires

Goffman, Erving (1956) The Nature of Deference and Demeanor. En: American Anthropologist. pp 473-502

Herrera, Manuel y Soriano, Rosa. (2004) La teoría de la acción social en Erving Goffman. En: Papers 73 pp 59-79

Jean, Nizet y Natalie Rigaux (2006) La sociología de Erving Goffman. Paris: Editorial Melusina

Mead, Herbert (1972) Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social. Editorial Paidós: Buenos Aires

Mercado, Asael y Zaragoza, Laura (2011). La interacción social en el pensamiento sociológico de Erving Goffman. En: Espacios Públicos. Vol. 14 No.31 pp 158-175

Moliner, María (1967) Diccionario de uso del español. 1era Edición. Madrid: Gredos

Muñoz, Jacobo y Martín, Francisco [Comp] (2005) La Filosofía del Límite: debate con Eugenio Trías. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

Pérez-Borbujo, Fernando. (2013). Obituario: Eugenio Trías (1942-2013) La filosofía del límite. En: *Teorema*. Vol. XXXII/2. 32: 2. p.p 237-245

Ramírez, Mario. (2001). "Entrevista a Eugenio Trías: Filosofía en el límite". En: *Devenires II*. Vol. 4 pp 9-36

Real Academia de la lengua española (2014). Diccionario de la lengua española (23ª edición). Madrid: España.

Rizo, Marta. (2011). "De personas, rituales y máscaras. Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal" En: *Revista Quorum Académico*. Vol. 8, Nº 15, enero-junio. p.p 7894.

Rosales, Diego. (2012). "La música y los límites del mundo. Un estudio desde Eugenio Trías y Agustín de Hipona". En: *Anales del seminario de historia de la filosofía*. Vol. 30 Núm. 1. pp 27-47

Salcedo, María Teresa (2003). Fisonomías de lo público y lo privado en Bogotá: identidad y percepción en espacios urbanos. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 30 pp 41-70

Segade, Carlos. (2017). El ser limítrofe: una aproximación al concepto de persona en la filosofía de Eugenio Trías. Revista Quién No. 6 pp. 101-116

Simmel, George. (1998) El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura. Península: Barcelona

Sucasas, Alberto. (2003). Pensar la Frontera: La filosofía del límite de Eugenio Trías. En Pensadores en la frontera, VI Encuentros internacionales de filosofía en el Camino de Santiago. pp199-213.

Trías, Eugenio. (2000). *Los límites del mundo*. Barcelona: Editorial Destino.

Trías, Eugenio. (1999) *La Razón Fronteriza*. Barcelona: Editorial Destino.

Trías, Eugenio. (1991) *La lógica del límite*. Barcelona: Editorial Destino.

Turner, Víctor. La selva de símbolos: aspecto del ritual Ndembu, Siglo XXI Editores. Madrid, 1981

Vincenzo, Vitiello (2005) Sobre el límite: En diálogo con Eugenio Trías. En: Martín, Francisco (Ed) La filosofía del límite. Debate con Eugenio Trías. Barcelona: Biblioteca Nueva